**ORIGENES**

Ninguno de los padres y escritores de la Antigüedad ha tenido como Orígenes, la suerte de que Eusebio le dedicara un libro entero de su Historia Eclesiástica, circunstancia que tanto ha beneficiado a los que escribieron sobre la vida y la obra del famoso discípulo de Clemente Alejandrino. Además del libro vi de la mencionada Historia, poseemos un Elogio compuesto por san Gregorio Taumaturgo, su discípulo. Su mismo nombre denuncia a la patria que le vio nacer, pues Orígenes quiere decir "hijo de Horas", el personaje mitológico, unigénito de Isis y Osiris, tan semejante al Apolo de los griegos, adorado por los egipcios. Créese más probable que vio la luz en la ciudad de Alejandría, el año 185 de nuestra era, y fue su padre un varón de posición acomodada, llamado Leónidas, obispo según el testimonio de Suidas y de Jerónimo. Leónidas padeció el martirio bajo el imperio de Severo, pero la persecución no ocurrió hasta el año 203, cuando ya Orígenes tenía 17 años; por consiguiente tuvo el padre tiempo sobrado para enseñar las primeras letras, educar cristianamente a su precoz hijo, recoger el fruto sazonado de sus desvelos y morir con el consuelo de presentir el futuro grandioso de su hijo. No contento Orígenes con las enseñanzas que su padre le daba, asistía a la escuela catequística de Clemente Alejandrino, que perfeccionó su instrucción, y a la Academia de Anmonio Saccas que le instruyó en el neoplatonismo. Muy pronto hubo de echar mano de sus conocimientos para hacer frente al problema económico que planteó a la familia la muerte de su padre, porque sus bienes fueron confiscados y Orígenes hubo de hacerse cargo del sostenimiento de la madre y de siete hermanos. Una rica cristiana había acudido a ayudar a la familia, pero esa cristiana no era muy ortodoxa y hallábase bajo la influencia de un doctor gnóstico llamado Pablo. Orígenes ganaba su vida y la de los suyos dedicado a la enseñanza. Pronto le llovieron los discípulos, tanto paganos como cristianos, atraídos por su preparación no común y su talento. Fue entonces cuando el obispo de Alejandría, Demetrio, se dio cuenta de las relevantes prendas del joven y le confió la dirección de la escuela catequística, vacante a la sazón por haber huído Clemente de la ciudad. Eusebio consigna que el nuevo director de la gran escuela cristiana sólo tenía entonces 18 años! Ya por creer que el nuevo cargo no se avenía bien con el de gramático, ya porque el tiempo no le permitiese atender debidamente a las obligaciones que llevaban consigo, renunció a la enseñanza privada con gran sentimiento de sus discípulos. La renuncia a la enseñanza profana era una verdadera mortificación para un hombre tan ansioso de saber, discípulo por añadidura de Clemente; y a esa prueba vino a juntarse el sufrimiento de verse obligado a vender a un librero la pequeña biblioteca que con no pocas privaciones había conseguido reunir. Algunos de esos volúmenes habían sido compuestos por él.

Existen datos abundantes acerca de la santidad de su vida. Dedicaba el día a la enseñanza y parte de la noche al estudio de la Sagrada Escritura. Mortificaba su cuerpo, vestía con modestia y se "elevó a la cumbre de la pobreza evangélica". Deseando proteger su castidad y evitar murmuraciones, pues tendría entonces unos 21 años y asistían a sus clases muchas jóvenes, se castró a sí mismo, no sabemos de qué modo, siguiendo al pie de la letra el consejo evangélico: "Eunucos hay que se castraron a sí mismos por amor del reino de los cielos" (Mateo, xix, 12). Parece que Orígenes se arrepintió más tarde de este acto, pues disuadió a algunos que quisieron imitarle y condenó la castración en sus Comentarios a Mateo. Enterado Demetrio, admiró y aprobó la audacia del muchacho, pero más tarde el asunto sirvió al obispo de argumento contra Orígenes. En uno de los viajes de éste a Palestina, Teoctisto y Alejandro, obispos de Cesárea y de Jerusalén, respectiva-mente, le invitaron a predicar en la iglesia, a pesar de que Orígenes no era todavía nada más que seglar. Demetrio, muy celoso de su autoridad, lo llevó a mal y llamándolo a Alejandría lo obligó a hacerte cargo nuevamente de la escuela, que conservó hasta el año 230. No fue esa la única vez que Orígenes se ausentó de Alejandría. Su fama se había extendido por toda la cristiandad y de todas partes le llamaban para consultarle y resolver asuntos espinosos. Sin embargo, a Roma fue únicamente "por el deseo de ver esa antiquísima Iglesia". A Arabia marchó llamado por el gobernador de aquella provincia, que deseaba conocer sus doctrinas. Llamóle también a Antioquía la curiosa emperatriz Julia Manmea que tenía a gala rodearse de hombres de talento. Fue entonces cuando conoció a un valentiniano llamado Ambrosio, a quien convirtió al cristianismo. Ambrosio poseía una gran fortuna que puso a disposición de Orígenes, al que facilitó durante toda su vida más de siete escribas que tomaban lo que les dictaba el fecundo escritor, un número igual de copistas que sacaban en limpio las pruebas estenográficas, y otras tantas muchachas ejercitadas en la caligrafía que escribían los manuscritos destinados al público. Paladio menciona una estancia de Orígenes, durante dos años, en Cesárea de Capadocia oculto en casa de una cristiana sabia y piadosa, de nombre Juliana, para huir de una persecución que se supone suscitada por Maximino el Tracio 10. Es extraño que nada diga de eso Eusebio, por lo cual, y por otras razones, conviene poner en duda la aseveración de Paladio. En cambio, Eusebio, menciona otras dos circunstancias en las cuales se trasladó nuevamente a Arabia : bajo Gordiano (238-244) cuando atrajo a la ortódoxia al obispo Berilo de Bostra; y bajo Felipe (244-49) cuando concurrió a un sínodo y obtuvo el mismo resultado de unos herejes que admitían un aniquilamiento temporal del alma, entre la muerte y la resurrección. Estas tres últimas ausencias lo fueron de Cesárea de Palestina, donde Orígenes estableció definitivamente su domicilio cuando por el quisquilloso Demetrio fue expulsado de la comunidad alejandrina, después de haber sido suspendido en el ejercicio del sacerdocio y privado de la dirección de la escuela, a consecuencia de los hechos que pasamos a narrar.

A fines del año 230, Orígenes hizo un viaje a Grecia pasando por Palestina. Los dos obispos de la región, Teoctisto y Alejandro, que eran admiradores del Adamantino, le confirieron en Cesárea la orden del presbiterado "mediante la imposición de manos". Demetrio se puso furioso, al enterarse de ello, máxime si se tiene en cuenta que Orígenes había predicado en el mismo lugar años atrás sin ser sacerdote. Demetrio convocó varios sínodos y la ordenación fue declarada nula, no tanto por haber sido conferida por obispos que no eran los propios del recién ordenado, sino por considerar irregular al ordenado a causa de la castración. Los obispos palestinenses no aceptaron el fallo y Orígenes abandonó para siempre la ciudad de Alejandría, el año décimo de Alejandro Severo, el 232 de nuestra era, y se estableció en Cesárea de Palestina donde abrió una nueva escuela, copia fiel de la alejandrina. De esa manera, la modesta ciudad palestinense vino a convertirse en el foco intelectual más brillante de ersonName productid="la Antigüedad" w:st="on">la Cristiandad.ersonName>

El año 250, Decio suscitó una violenta persecución contra el cristianismo y se cebó principalmente en los obispos y doctores. Una de las presas más codiciadas era Orígenes que fue encarcelado y soportó pruebas y tormentos durísimos con el mismo fervor con que en su juventud había exhortado a su padre Leónidas a perseverar sin que se preocupara por la suerte de su esposa e hijos. Consigna Eusebio que el juez entretuvo de esa manera a Orígenes para librarlo de la muerte. Y, efectivamente, Adamancio sobrevivió; pero en tan malas condiciones que poco más de un año después (el 254) murió a los 69 años de edad a consecuencia de los tormentos sufridos. Unos dicen que murió en Cesárea y otros que fué en Tiro, donde todavía en el siglo xvii sub-sistían vestigios de su tumba. Destruida la ciudad de Tiro en la actua-lidad nada queda de aquélla 11

Es indudable que Orígenes fue confesor de la fe, que soportó por ella tormentos y penalidades mortales, pues a consecuencia de ello murió poco después. ¿Por qué no se le ha incluido en el catálogo de los mártires? Si su vida fue dechado de virtudes cristianas llevadas hasta el heroísmo, si le devoraba el celo por la salvación de las almas y de la propagación del Evangelio, si tanto amaba a Cristo a quien le ofrendó su vida, y no hay mayor amor que morir por el amado, ¿por qué no se le honra como santo? ¿Acaso se debe a que defendió algunas doctrinas heréticas? De ser suyas, y no interpolaciones de los herejes en las obras que él escribió, ¿acaso no borró su martirio los yerros pasados, como borró los suyos san Hipólito, hereje y cismático y luego mártir de Cristo?

Tal vez ningún escritor eclesiástico fue tan contradictoriamente juzgado como lo fué Orígenes. Mientras vivió la generación de sus discípulos, entre los cuales hubo santos, confesores, mártires, doctores ortodoxos, obispos, hombres y mujeres, lo dejaron en paz. Pero en el siglo iv se inició contra él y contra sus doctrinas una campaña que provocó discusiones enconadas y que duró hasta el siglo vi y en la cual se mezclaron la emperatriz Eudoxia y el acólito Justiniano. El 5º Con-cilio Ecuménico, reunido en Constantinopla el año 553, pronunció anatema contra Orígenes; igual cosa ocurrió en el 6º, de 680-1; en el 7º, reunido en Niñea el año 787; en el 8º celebrado el año 869. ersonName productid="la Antigüedad" w:st="on">La IglesiaersonName> condenaba así el origenismo, a saber: la verdad cristiana transformada por Orígenes "en una escuela de gnosis platónica y ersonName productid="la Antigüedad" w:st="on">la EscrituraersonName> en una revelación sobreliteral". Aquí ponemos punto final a la célebre cuestión origenista, pero con el mayor interés recomendamos la lectura de Origeniana, obra enjundiosa y erudita debida a la pluma galana del padre Huet, obispo de Avranches 12.

A pesar de eso, tanto ersonName productid="la Antigüedad" w:st="on">la AntigüedadersonName> como los siglos posteriores se han deshecho en alabanzas del gran pensador y fecundo escritor alejandrino. Se lo llamó Adamancio o Adamantino, hombre de acero, por la fuerza de su razonamiento y por su infatigable ardor en el trabajo. Jamás se saciaba su curiosidad, ningún obstáculo encontró su capacidad prodigiosa, su erudición no tiene límites, pues conocía toda la literatura eclesiástica y profana que por aquellos tiempos andaba en manos de los sabios. De ahí que haya dicho con gran acierto Batiffol que "Orígenes es toda la ciencia de su tiempo: la lógica, la física, la ética son para él más especialmente las preparaciones necesarias de la ciencia de las cosas divinas. Esta ciencia de las cosas divinas él la posee, o mejor dicho, él lo hace en todos sus diversos estados: crítica del texto bíblico, escolios y comentarios de ersonName productid="la Antigüedad" w:st="on">la EscrituraersonName>, apología, refutación de los herejes, teología positiva, metafísica cristiana, espiritualidad: y en todas las aplicaciones es prodigioso" 13. Bigg le califica de "el primer gran escolástico, el primer gran escritor espiritual, el primer gran comentarista, el primer gran dogmático", y Harnack de "creador de la dogmática cristiana". Pediría se lamenta de haber perdido para la filosofía el talento de Orígenes, de que se haya prostituído en la loca creencia de los bárbaros, de haber prostituído su talento, pero se con-suela comprobando que dejó aparecer "bajo las fábulas de su creencia" las ideas de los griegos.

Como dice Puech, la obra inmensa de Orígenes ha sido comparada, desde ersonName productid="la Antigüedad" w:st="on">la AntigüedadersonName>, a las de los dos fecundos polígrafos de la literatura pagana, el gramático griego Dídimo de Alejandría y el latino Terencio Varrón. Epifanio le atribuye seis mil escritos, cifra sin duda exagerada. El católogo redactada por Eusebio, que seguramente comprendía la colección reunida por Pánfilo de Cesárea, apenas llega a dos mil. La lista redactada por Jerónimo se queda en los ochocientos. Quedémonos, y seguramente será lo más seguro, con el catálogo de Eusebio. Obra tan vasta está siempre expuesta a ser víctima del tiempo

Pero, además, tratándose de Orígenes, tachado de ortodoxia reprochable y teniendo en cuenta que tanto él como su doctrina fueron víctimas de los anatemas de ersonName productid="la Antigüedad" w:st="on">la IglesiaersonName>, no es extraño que haya llegado a nuestras manos nada más que una mínima parte. Además, siendo tan enorme el número de los escritos, sin duda se ha escogido lo más interesante de ella. Más de la mitad de lo que subsiste, lo ha sido en traducciones latinas, debidas a Rufino y a Jerónimo, "demasiado libres y demasiado retocadas para que merezcan ser tomadas a la letra". Sin embargo, el tratado de los Principios parece haber sido traducido por Jerónimo con fidelidad; pero precisamente por eso ha desaparecido. ersonName productid="la Antigüedad" w:st="on">La FilocaliaersonName> es una colección de los más hermosos fragmentos de Orígenes y débese a san Basilio y a san Gregorio Nacianceno. Ha sido reeditada por A. Robinson, Cambridge, 1893. Las obras conservadas pueden clasificarse en seis grupos: 1°, Filología sagrada; 2°, Exégesis; 3°, Dogmática; 4°, Moral práctica; 5°, Apologética; 6°, Correspondencia.

La filología clásica nació en el siglo tercero antes de Jesucristo. Los grandes sabios, que crearon y dirigieron la gran biblioteca del Museo alejandrino, no se contentaron con reunir los escritos que pudieron procurarse; sino que se dedicaron a publicarlos y, para que fueran perfectos, fundaron una ciencia nueva, el estudio crítico de los textos. Este estudio se fue luego perfeccionando y hoy es más metódico y exigente. A ese arte nuevo no pudo substraerse Orígenes, pues era indispensable fijar el texto auténtico inspirado, ya que las diferentes versiones que entonces existían no estaban de acuerdo. Así nació la filología sagrada y fue Orígenes el creador de ella. Se procuró el texto hebraico del Antiguo Testamento, se hizo de todas las traducciones griegas del mismo e hizo entre todos los textos una comparación meticulosa que dio a luz en su obra monumental conocida por las Héxaplas (Biblia séxtupla), llamada así porque en seis columnas paralelas contenía sendos textos del Antiguo Testamento. La primera columna contenía el texto hebraico en caracteres hebraicos; la segunda el texto hebraico, pero con caracteres griegos ; la tercera columna incluía la versión griega de Aquila; la cuarta, la versión griega de Símaco; la quinta, la de los Setenta ; la sexta, la de Teodoción, que puede ser considerada como una revisión de los Setenta. En la parte relativa a los Salmos, las columnas eran ocho, pues a las seis columnas mencionadas añadía otras dos con los textos de las versiones de Nicópolis y de Jericó. A fin de facilitar la comparación, el autor había anotado la quinta columna, la de los Setenta. Las palabras o pasajes consignados en esta quinta columna y que faltaban en el original hebreo estaban marcados con un obelo (un broche que tiene la forma de una línea horizontal) ; en cambio, los pasajes o palabras que estaban en el texto hebreo (primera columna) y faltaban en la versión de los Setenta, los tomaba Orígenes de otra versión griega e iban señalados en la quinta columna con un asterisco. Esos dos signos críticos, el obelo y el asterisco, fueron tomados por nuestro autor de los gramáticos alejandrinos quienes los habían empleado en la edición crítica de Homero. Obra tan colosal no pudo ser realizada materialmente sino gracias a los copistas puestos por Ambrosio a disposición de Orígenes. Tal vez el único ejemplar completo fue el original, depositado en la biblioteca de Cesárea de Palestina y consultado por san Jerónimo en sus trabajos escripturísticos. La obra fue comenzada en Alejandría y terminada en la mencionada ciudad palestinense hacia el año 245. Pero, si jamás ha sido copiada íntegramente, lo han sido algunas de sus partes, sobre todo la 5° columna que es la más interesante. De las demás columnas no quedan sino fragmentos. La reconstitución de las Héxaplas, en la medida de lo posible, ha sido proseguida ardorosamente por la crítica moderna. Fué comenzada en el siglo xvi por Pedro Morino y continuada luego por Montfaucon (1713), por Field (1867-1875), por don Germán Morín, Mercati y Taylor. La edición de Montfaucon contiene todas las partes existentes de las Héxaplas y además la traducción latina de las mismas. al pie de cada columna. Puede verse en ersonName productid="la Antigüedad" w:st="on">la PatrologíaersonName> griega de Migne, tomo xi-xvii.

La mayor parte de los escritos de Orígenes está compuesta de escolios, homilías y comentarios. Los escolios eran breves explicaciones, con frecuencia de carácter gramatical, de textos difíciles. Hay escolios sobre el Génesis, el Éxodo, el Levítico, Isaías, los Salmos (desde el i al xv), el Eclesiástico, San Mateo, San Juan, todo el Salterio, Epístola a los Gálatas y el Apocalipsis. Hoy nos vemos obligados a buscar sus huellas en ersonName productid="la Antigüedad" w:st="on">la FilocaliaersonName> y en las Cadenas. Migue (Patr. graec., toms. xii-xiii) trae una buena colección de esos fragmentos, bajo el título de Excerpta, recogidos por De ersonName productid="la Antigüedad" w:st="on">la Rue.ersonName>

Las homilías son pláticas familiares sobre ersonName productid="la Antigüedad" w:st="on">la Sagrada EscrituraersonName>, predicadas por Orígenes delante de los fieles. Son de diverso género, pues unas veces discute y fija el texto; otras, deduce enseñanzas morales; otras, desarrolla cuestiones dogmáticas. Se sabe de quinientas homilías sobre el Antiguo y el Nuevo Testamento, pero se supone fundadamente que fueron muchas más. Se conservan unas doscientas en latín gracias a Rufino y Jerónimo.

Los comentarios son de tono más subido, pues explican más científicamente los textos bíblicos. Se trata de obras monumentales que llenaron toda la vida del Adamantino y es en ella donde derramó toda su ciencia, tanto filosófica como teológica, y donde empleó a todo pasto la explicación alegórica. Orígenes comentó el Génesis en unos xi ó xiii libros. Este gran comentario fue comenzado en Alejandría y terminado en Cesárea. Sólo quedan algunos fragmentos. De los 46 libros de Comentarios sobre los Salmos sólo hay algunos vestigios en las obras escripturísticas de Eusebio y Jerónimo. Tres libros subsisten del Comentario sobre los Proverbios y algo más del Comentario sobre el Cantar de los cantares, donde Orígenes se sobrepasó a sí mismo, en frase de Jerónimo. Del comentario sobre las Lamentaciones de Jeremías ha podido reunir Klostermann numerosos fragmentos, sacados de las Cadenas. De los comentarios sobre Isaías y Ezequiel apenas restan alguno que otro fragmento. Han desaparecido enteramente los comentarios sobre los profetas menores.

Mejor suerte han tenido los comentarios relativos a los escritos del Nuevo Testamento. Del Comentario sobre San Mateo, que tenía 25 libros, se poseen actualmente en griego los libros desde el x al xviii; y en latín hay una versión anónima que contiene los libros xii y algunos posteriores. Hay bastantes discrepancias entre el latín y el griego, por lo cual opina Harnack que hubo dos ediciones. Del Comentario sobre San Lucas sólo quedan algunos fragmentos. El Comentario sobre San Juan, comenzado el año 228 y terminado hacia el 236, representa un esfuerzo considerable y de él se conservan en griego los libros i, u, vi, xiii, parte del xix, xx, xxviii y xxxil.

Salvo las dos epístolas A los Corintios y las dos A Timoteo, dejó comentarios a las demás epístolas de san Pablo. Sólo se conservan de ellos algunos fragmentos en griego ó en traducciones latinas. No parece haber comentado las epístolas canónicas.

Característica común a todos los escritos exegéticos de Orígenes es su extensión. Basta fijarse para ello en el comentario al Evangelio de San Juan que comprende treinta y dos libros, que el primero de ellos está dedicado exclusivamente a explicar un versículo, de importancia capital, y que en aquellos 32 libros sólo había comentado dos tercios de dicho Evangelio. No se olvide que Orígenes comenta como filólogo, como historiador, como teólogo y como moralista y siempre como maestro competentísimo. Tal vez lo que da más extensión a los escritos que comentamos sea el empleo del sentido alegórico a que era tan aficionado y que estaba en auge en aquella época. No es que despreciase el sentido literal, sino que, dando este último por supuesto y muy claro de por sí, echaba mano del alegórico por creer que en caso contrario sería muchas veces difícil y hasta imposible dar una explicación satisfactoria. Bien está. Pero reconocen los críticos que en otras ocasiones el sentido alegórico fue llevado a la exageración y fue arbitrario. No serían Orígenes y toda ersonName productid="la Antigüedad" w:st="on">la Escuela AlejandrinaersonName>, los únicos que emplea-rían el sentido alegórico. Veremos más tarde, entre otros, a san Ambrosio y a san Agustín echar mano de él, pero dentro de los debidos límites.

Como su maestro Clemente Alejandrino, también Orígenes compuso una' obra titulada Stromata, en diez libros, mezcla de dogma y de exégesis, comentario de ersonName productid="la Antigüedad" w:st="on">la EscrituraersonName> e interpretación de la doctrina cristiana con el concurso del platonismo y del estoicismo. Esta obra escribióla Orígenes en el mismo período en que compuso los Principios, en Alejandría antes del año 231. Desgraciadamente se ha perdido y sólo se conservan algunas citas.

El tratado Sobre los principios es el más notable de los escritos teológicos de Orígenes. Aunque el texto griego se ha perdido, pues en esa lengua sólo se conservan fragmentos de los libros iii y iv (en ersonName productid="la Antigüedad" w:st="on">la FilocaliaersonName>), poseemos la obra completa en una traducción latina de Rufino, poco fiel, interpolada y saqueada, y fragmentos de otra versión literal debida a Jerónimo. Consta de cuatro libros : el primero trata de Dios, de su unidad y espiritualidad, del Verbo, del Espíritu Santo y de los ángeles; el segundo se ocupa del mundo y de su creación, del hombre y de su origen, de la renovación del hombre por la encarnación y de las postrimerías ; el tercero expone la naturaleza de la libertad humana, la lucha que ésta sostiene entre el bien y el mal y el triunfo final del bien; el cuarto trata de la interpretación de los libros santos y de las teorías exegéticas del autor. A los libros precede un prefacio general de la obra donde explica con bastante claridad las razones que le determinaron a escribir esta obra, a saber: toda la verdad procede de Cristo, incluso antes de su encarnación. Los hombres no están de acuerdo acerca de lo que nos ha sido revelado, por lo cual es preciso recurrir a la regla segura que es la tradición apostólica. Pero los apóstoles han transmitido frecuentemente la fe sin explicarla y también fragmentariamente. Luego cita algunos ejemplos de verdades reveladas perfectamente claras, y de otras obscuras e incompletas. Orígenes, partiendo de esos datos, va a estudiar esas cuestiones. El título de la obra no quiere decir que va a tratar de los principios de las cosas, sino de las doctrinas fundamentales del cristianismo.

Por lo que dejamos expuesto, se comprende fácilmente que se trata de la primera suma teológica, "lo cual sólo un genio como Orígenes fue capaz de concebir en aquella época". Pero ese ensayo de suma parece haber sido prematuro y en él se deslizaron algunos errores teológicos, que perjudicaron al prestigio de la obra y al mismo autor de ella. No obstante, "con las Enéadas de Plotino, las más antiguas de las cuales son posteriores en unos veinticinco años, el tratado de Orígenes es la obra más hermosa que ha producido el genio griego en el siglo iii, y sería necesario remontarnos más lejos, hasta los comienzos de la época clásica, para encontrar algo que le fuese superior o igual ; porque los hermosos escritos filosóficos del siglo i —los Pensamientos de Marco Aurelio, las Conversaciones de Epicteto— son debidos a puros moralistas, despreciadores de la especulación intelectual. Pero aun-que tanto Plotino como Orígenes hayan salido de la escuela de Anmonio Saccas, las direcciones tomadas por sus espíritus son totalmente opuestas. El neoplatonismo es una interpretación del platonismo que difiere en sus rasgos esenciales de éste; pero está doblemente en la tradición helénica; está en la tradición de la ciencia griega; está en la tradición del politeísmo griego. Orígenes, en sus Principios, ha querido oponer una filosofía cristiana y monoteista a la filosofía natura-lista y politeista de los griegos, tanto como a las doctrinas gnósticas, tan en boga en el siglo precedente y que es mucho más difícil de definir con una sola frase" 14

Otras dos obras teológicas compuso Orígenes, de las cuales sólo se conservan algunos fragmentos en Metodio de Olimpo, Pánfilo y Jerónimo, a saber: dos libros Sobre la resurrección y dos diálogos también Sobre la resurrección. ¿Fueron en sus principios esas dos obras cuatro libros de una obra única? Se ignora, así como también la fecha en que fue o fueron escritas. Son escritos que han comprometido bastante la ortodoxia de Orígenes, pues en ellos defiende la acatástasis y la irrealidad del fuego del infierno, pues éste no es otra cosa, dice, que el remordimiento.

En el campo de la apología y la polémica trabajó también Orígenes a la altura de su talento, de su erudición y de su agudeza, poco comunes. Con frecuencia sostuvo controversias orales con los adversarios de la fe. En el Contra Celso (i, 45) alude a la sostenida con unos sabios judíos. Se sabe también de unas disputas con un tal Basso (Epist. ad Africanum, 2). Tanto Jerónimo (Adv. Rufinum, u, 19) como Eusebio (Hist. Eeles., vi, 33) mencionan otras con Valentiniano Cándido y con Berilo, obispo de Bostra. Si sus amanuenses asistieron a esas disputas, como se supone, se han perdido los documentos correspondientes. Podemos consolarnos de esa pérdida lamentable porque afortunadamente se ha conservado la obra apologética de Orígenes por antonomasia, muy apreciada por ersonName productid="la Antigüedad" w:st="on">la AntigüedadersonName> cristiana. Me refiero al Contra Celso (zas& Kaaov), en ocho libros. Celso, de quien ya nos hemos ocupado en el capítulo dedicado a la literatura herética del siglo i, compuso hacia el año 178 una obra contra el cristianismo, titulada Discurso verdadero, o mejor, Demostración de la verdad. El mismo Orígenes dice que el tal Celso era un filósofo epicúreo, pero más adelante lo hace platónico. Su Discurso verdadero, no tuvo éxito cuando salió a luz y en el siglo iii estaba ya olvidado. Pero Ambrosio, el mecenas de Orígenes, aconsejó a éste que lo refutara y así lo hizo con el mayor entusiasmo. El escrito de Celso no es cualquier cosa. A pesar de que no alcanzó a comprender ni la originalidad ni la profundidad de la religión cristiana, Celso la había estudiado no poco. Conocía las Sagradas Escrituras y señalaba en ellas y en las doctrinas apostólicas dificultades y contradicciones. De la simple existencia de las diversas sectas cristianas saca argumentos contra la verdad de las creencias; y todo ello sazonado con la sal cáustica y burlona de Luciano y que siglos más tarde emplearía Voltaire. Parece que al principio no se dio cuenta de la importancia del libro que iba Orígenes a refutar, y por eso en los 17 primeros capítulos del primer libro se limita a extraer del Discurso verdadero, las ideas esenciales y a refutarlas.

Pero, a medida que se iba adentrando en el escrito de Celso, comenzó a darse cuenta de que se las había con un enemigo formidable. Entonces cambió de táctica y se resolvió a refutar el libro página a página, sin omitir nada y siguiendo fielmente el plan mismo del adversario. A los cuatro libros de éste opone ocho y va citando parte por parte casi literalmente toda la obra y añadiendo las refutaciones y las pruebas corres-pondientes. De este modo la apología de Orígenes ha llegado a reproducir casi siete décimas partes y el contenido de nueve del Discurso verdadero. Al valor intrínseco de la apología titulada Contra Celsum ha venido por tanto a juntarse el valor externo de haber conservado para los estudiosos la obra del famoso filósofo pagano que ha perecido.

Literariamente considerado, el Contra Celsum es una obra profundamente substanciosa, pero el estilo es improvisado y el desarrollo es frecuentemente largo y algo rastrero. Es consecuencia del plan adoptado por su autor de citar al adversario y seguidamente refutarle hasta la saciedad. La lectura es por eso pesada y obliga a concentrar la atención. Hay, sin embargo, páginas conmovedoras, de una fe profunda, especialmente aquéllas en que exalta la eficacia moral del cristianismo En fin, Orígenes junta en este hermosísimo libro, las más elevadas especulaciones metafísicas a la fe en el Salvador, en el Verbo eterno que es Jesús crucificado.

De contenido ascético son dos obras pequeñas (comparadas con sus obras monumentales): Exhortación al martirio y Tratado de la oración. La primera es una obra de circunstancia, cuya causa ocasional fue la persecución de Maximino. Está dedicada a sus amigos Ambrosio, que ya conocemos, y al sacerdote Protoctoto, expuestos los dos a padecer el martirio por su fe. Orígenes los anima y para ello echa mano de los males de la apostasía, de la recompensa a los triunfadores, etc. Fué escrita el año 235 y es una composición cálida y vibrante, que retrata el alma del hijo de Leónidas y víctima destinada a morir a consecuencia de los tormentos 20 años después. El Tratado de la oración, del que tenemos una preciosa y bien presentada edición castellana (Edit. Atlántida, Bs. As. 1952, debida a Luis M. de Cádiz), consta de dos partes, la primera (caps. i-xvi) es un estudio hermosísimo sobre la oración en general; la segunda parte es un comentario sobre la oración dominical. Es posterior al año 231 y fue muy estimado por ersonName productid="la Antigüedad" w:st="on">la AntigüedadersonName> cristiana. El escrito está dedicado al conocido Ambrosio y a una tal Taciana, sobre cuya identificación no hay otra cosa que conjeturas.

La celebridad de Orígenes obligóle a sostener una activísima y abundante correspondencia epistolar. Jerónimo cita por lo menos cuatro co-lecciones; y Eusebio llegó a coleccionar por sí mismo unas cien, entre las cuales cita una al emperador Felipe, otra a su mujer Severa, otra a Fabián, obispo de Roma, y muchas otras a los jefes de diversas iglesias, en las cuales Orígenes defendía su ortodoxia. De esa voluminosa correspondencia sólo dos se han conservado enteras: una a Julio Africano y otra a Gregorio Taumaturgo, obispo de Neocesárea. La primera es muy notable, fue escrita hacia el año 240 y en ella su autor defiende la canonicidad de la historia de Susana, del episodio de Bel y del dragón y de la plegaria de Azarías y de los tres niños, contenida en el texto griego de Daniel.

La segunda carta, escrita probablemente en Nicomedia alrededor del año 240, trata de las relaciones entre la literatura o filosofía helénica y el cristianismo. Exhorta a su antiguo discípulo a subordinar la ciencia a la fe, y a no abandonar el estudio de la Sagrada Escritura.